

# “Arraigados en Dios”

## Para leer la Biblia con provecho

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

Tema: La Palabra de Dios – fuente de vida abundante -  
Meditaciones acerca del Sal. 119:33-48 (parte 3)  
(12 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.**  
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**La Palabra de Dios – fuente de vida abundante -  
Meditaciones acerca del Sal. 119:33-48 (parte 3)  
(12 días)**

Día 1

Sal. 119:33-40; Is. 48:17.18

El salmista en su conversación con Dios mira mucho más allá de las cuestiones cotidianas y de su propia vida al expresar su pedido: “Enseñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos, y lo guardaré hasta el fin.” ¡Hasta el fin! Llegar a un buen fin, esto nos gustaría. No cualquiera puede decir como Pablo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo en aquel día” (2.Ti. 4:7.8a).

Hay baches, obstáculos, subidas empinadas, caminos angostos y profundos valles en nuestra vida. Peligros en deslizaderos y derrumbes también existen. Así varios se pueden preguntar, ¿cómo será posible llegar a un buen fin de la vida con semejantes peligros?

El salmista no argumenta como suelen hacer algunos contemporáneos, que ya no le dan importancia a las instrucciones de Dios. Tampoco no proclama su libertad personal: “Lo que es valido para otro, yo no tengo que aceptar. Nadie tiene que decirme lo que tengo hacer. Las decisiones de mi vida es mi cosa.”

En vez de esto, el salmista se dirige a Dios confiadamente rogándole que le enseñe el camino que lleva a buen final. Él quiere ir paso a paso con la fe por delante. También sabe que es un proceso de crecimiento y que su comunión con Dios cada vez será más profunda. “La vida espiritual es como una semilla que se planta, que empieza a crecer y a desarrollarse, no según una norma, sino en forma individual, en cada persona es diferente” (H. Schilbach).

El rey Salomón da algunas ayudas para el proceso de crecimiento en Pr. 2:1-11.

Día 2

Sal. 119:33.34; 86:11

El salmista nos muestra cinco características elementales para que nuestra vida sea plena. La primera característica: *disposición para aprender*. “Enseñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos, y lo guardaré hasta el fin.” Es bueno y provechoso leer la Biblia, resumir el contenido de lo leído, poder tener respuestas para las preguntas teológicas y poder hablar de eso.

Pero una cosa es indispensable: Para poder crecer en la vida espiritual debemos leer la Palabra de Dios en actitud de oración: “Señor, ¿qué me quieres decir hoy a mí por medio de tu Palabra?” O decirle: “Señor Jesús, dispón mi corazón para que entienda lo que me quieres enseñar.”

El Señor nos quiere enseñar y comunicar los valores impresindibles para el crecimiento espiritual, y también para nuestra convivencia matrimonial, familiar, escolar, laboral, en la facultad, y dondequiera que estemos rodeados de personas. Jesús mismo nos invita: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29).

Pablo escribe como experimentó él este proceso de aprendizaje: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir en pobreza, y sé vivir en prosperidad;

en todo y por todo he aprendido el secreto tanto de estar saciado como de tener hambre, de tener abundancia como de sufrir necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:11-13). A la iglesia en Filipo aconseja: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”. (Fil. 2:3).

Es un proceso de aprendizaje grandioso en el que nos encontramos como discípulos de Jesús. Quizás ya estamos aprendiendo la lección: “Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Ef. 4:32). ¿Encuentro en Col. 3:12-17 un paso práctico que quiero hacer?

Día 3

Sal. 119:35; Jn. 14:23

La segunda característica: *obediencia*. “Guíame por la senda de tus mandamientos, porque en ella tengo mi voluntad.” Lo que hemos reconocido con nuestro razonamiento y captado con nuestro corazón, eso debemos practicar. El salmista no percibe en los mandamientos de Dios una limitación de sus ideales personales en su vida. Su postura respecto a los preceptos de Dios básicamente es positiva. Para él, los mandamientos son como barreras de contención en la carretera las cuales le protegen de caídas en el camino hasta llegar hacia la meta.

En David vemos también esta postura positiva: “El hacer tu voluntad Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8). También Pablo habla de esta disposición de hacer la voluntad de Dios. En su carta a los creyentes en Efeso, Pablo les hace recordar que: con nuestra labor no debemos agradar o impresionar a otros. Viceversa: “no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón, haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres” (Ef. 6:6.7).

Jesús mismo es el ejemplo singular de hacer la voluntad de Dios totalmente y de todo corazón. “No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre” (Jn. 5:30; lea Jn. 4:34; 6:38-40; He. 10:5-7). Hasta el momento de Su muerte el mayor anhelo del Hijo de Dios era ser obediente a Su Padre y hacer Su voluntad. En el jardín de Getsemaní, cuando Jesús luchaba ya contra la muerte, Él ora: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc. 22:42).

Nuestra obediencia a Dios es una muestra de nuestra confianza en Él. Honramos al Señor por medio de nuestra confianza, al hacer lo que Él nos dice. ¿Cómo lo vemos en Jn. 2:1-11, y cuáles son las consecuencias?

Día 4

Sal. 119:34-37; 1.R. 8:57-61

Una tercera característica: *agrado*. “Dame entendimiento, y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón. Guíame por la senda de tus mandamientos, porque en ella tengo mi voluntad.” Por todos lados en el camino con Jesús nos acechan muchos peligros. El salmista los menciona abiertamente. Él conoce su corazón y sabe muy bien que sus ojos perciben muchas veces algo que le atrae y que eso despierta intensa codicia. Él menciona las riquezas materiales que no tienen tanto valor ni permanencia. Todo lo que ama nuestro corazón y anhela, atrapa a nuestra mirada. (Comp. Nm. 15:37-41; Jer. 22:17.)

El salmista no quiere permitir que las cosas terrenales y la avaricia le atrapen. “Nuestra

forma de pensar es decisiva para el resultado. Abraham tenía puesta su mirada en la ciudad celestial y su vida tuvo un buen final. Lot, en cambio, miraba a Sodoma y su vida terminó trágicamente” (W. Wiersbe; comp. Gn. 13; He. 11:8-16).

La biografía de Saúl que al principio “prometía mucho” termina con el triste resumen: “Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey” (1.S. 15:23). Un buen comienzo del camino con Dios no lleva automáticamente a un buen final.

Por eso me preguntaré: ¿En qué tengo mi agrado? ¿Qué es lo más importante para mi vida? ¿Puede ser que necesite que la Palabra de Dios ocupe el lugar más importante, y que mi amor a Jesús aumente? “Así que no solamente una corta mirada a un versículo bíblico entre la tasa de café y el pancito de desayuno, sino tomarse tiempo, meditar, interiorizar. Esto no depende solamente del tiempo, sino de la disposición del corazón, la inclinación de la mente que se toma tiempo, para que pueda haber crecimiento” (H. Schilbach). (Lea Sal. 1:2; 119:148; Jos. 1:8.)

#### Día 5

Sal. 119:38.39; 145:18.19

La cuarta característica: *temor de Dios*. “Confirma tu palabra a tu siervo, que te teme.” ¡Señor, cumple tus promesas! Ellas tienen valor para mí y para todos aquellos que te reverencian y te honran. “Temer a Dios quiere decir reconocer a Dios en Su soberanía y poder como el Creador del cual depende nuestra vida en cada momento y como el juez delante del cual no hay nada escondido” (W. Pannenberg).

Aquel que vive en esta postura delante de Dios, experimentará que las promesas, exhortaciones y preceptos de Dios le protegen interiormente ante aquellos que menosprecian Su Palabra, la niegan o se ponen en contra. El que vive en el temor de Dios, está del lado de aquel al que es dado “todo el poder en el cielo y en la tierra”. Es bueno si nos concientizamos de esta realidad en las muchas y variadas confrontaciones y crisis de la vida. El que vive reverenciando a Dios no tiene que temer a los hombres.

Gedeón estaba muy consciente de su impotencia frente a los hostiles madianitas porque el poder bélico que estos tenían, le sobrepasa grandemente. Para él, existía una sola salida: aferrarse con todo su corazón a Dios. Gedeón le pedía una doble confirmación para su tarea y Dios le aseguraba que él salvaría a Israel. (Lea Jue. 6:36-40.) Dios se pone de parte de sus hijos que le dan el primer lugar en su vida.

Moisés y todo el pueblo de Israel experimentaron en su extrema situación delante del Mar Rojo y a sus espaldas el ejército egipcio, la grandiosa intervención de Dios. En este momento Moisés exhortaba al pueblo a confiar: “Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (Éx. 14:14). El temor a Dios tiene poder de protección en nuestra vida.

#### Día 6

Sal. 119:40; Fil. 3:12-16

La quinta característica: *anhelo*. “He aquí yo he anhelado tus mandamientos; vivifícame en tu justicia.” Un profundo anhelo por la guía de Dios en la vida, es la demostración del creyente que crece en su fe. El salmista utiliza cada vez nuevos conceptos para expresar su fuerte deseo por la comunión con Dios: “Quebrantada está mi alma de *desear* tus juicios en todo tiempo.” “Mi boca abrí y suspiré, porque *deseaba* tus mandamientos.” “He *deseado* tu

salvación, oh Jehová, y tu ley es mi delicia” (Sal. 119:20.131.174).

El autor del Sal. 84 involucra toda su persona en el anhelo por el Dios viviente: “*Anhela* mi alma y aun ardientemente *desea* los atrios de Jehová; mi corazón y mi carne cantan al Dios vivo” (Sal. 84:2). ¿Podremos decir lo mismo que David expresa en el Sal. 25, comenzando: “A ti, oh Jehová, levantaré mi alma”? O como dice en el Sal. 143:8 “Hazme oír por la mañana tu misericordia, porque en ti he confiado; hazme saber el camino por donde ande, porque a ti he elevado mi alma.”

No debemos dejar de luchar por la efectividad del obrar del Espíritu Santo en nuestra vida. Él puede profundizar en nosotros el anhelo por vivir una vida en Su presencia” (Chr. von Viehahn). Pero tenemos que ser conscientes que este camino será atacado continuamente, pero el Señor nos fortalecerá y nos levantará cuando lo clamemos confiadamente. De este modo podremos seguir protegidos el camino de Jesús y llegar a la meta final.

“Clamo a ti, pues anhelo más de ti, haz en mí el milagro de tu gracia. Estoy deseando como tierra seca, mi corazón te busca solo a ti en esta tierra.” (canción de las hermanas de Aidlingen).

Día 7

Sal. 119:41.42; Jer. 23:29

El salmista se siente abatido y despreciado por los hombres. Ellos lo difaman, levantan calumnias en contra de él y lo desafían. Por eso, él hace uso del arma más importante, la “espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Ef. 6:17).

Satanás con su astucia busca y encuentra oportunidades y momentos para hacernos tambalear, influir negativamente sobre nuestros pensamientos y paralizarnos. Por eso es tan importante que la Palabra de Dios se arraigue fuertemente en nosotros. Tenemos que aprender como podemos utilizar la Palabra de Dios para defendernos del adversario. Jesús mismo pudo vencer los ataques satánicos confrontándole con la Palabra de Dios (Mt. 4:1-11).

Jesús había ayunado cuarenta días y cuarenta noches en la soledad del desierto. Justamente en ese lugar y en la debilidad física, ataca Satanás: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.” Jesús le da al diablo una clara respuesta negativa: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Dt. 8:3).

El Hijo de Dios tampoco se deja atrapar de la manera “piadosa” de Satanás, que no tiene escrúpulos de mencionar palabras bíblicas. Jesús rechaza firmemente sus lisonjas con el texto de Dt. 6:16: “No tentaréis a Jehová vuestro Dios.”

También el tercer ataque de Satanás es malogrado. El Señor se niega a recibir de la mano del enemigo la brillante oferta. “¡Vete de mí, Satanás, pues escrito está: “A Jehová tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (Dt. 6:13).

La autoridad de Jesús y el poder de la Palabra de Dios hacen huir a Satanás. Dios mismo se pone del lado de Su Hijo: “He aquí vinieron ángeles y le servían” (Mt. 4:11). Dios cuida de aquellos que confían en Su Palabra.

Día 8

Sal. 119:43; Jos. 1:8; 2.Ti. 2:15

“No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad, porque en tus juicios

espero.” El salmista habla de cierto temor que podría pasar, que pierda en algún momento “la palabra de verdad”. Esto sería lo peor. Somos propensos a “perder la Biblia” que se acerca a hurtadillas a nuestras vidas, sea en buenos o malos tiempos. La necesidad nos puede enseñar a acoger cuidadosamente la Palabra de Dios y el bienestar terrenal a llevar a un agradecimiento creciente.

Pero tanto problemas grandes, como la abundancia material, conectado con el desmedido egocentrismo pueden ejercer tal presión que “la palabra de vida” pierda un lugar en nuestro corazón y en nuestra vida. Necesitamos una amplia inclinación incondicional hacia la Palabra de Dios.

De la misma manera como en aquel entonces cuando los israelitas volvieron del sufrimiento del exilio a Jerusalén y terminando la edificación del muro “bajo la buena mano de Dios”, ellos querían escuchar nuevamente la voz de su Señor. No eran unos pocos, sino todo el pueblo estaba decidido poner la Palabra de Dios en el centro de su vida. Entonces el escriba lee y lee y lee. Nadie se aburre. Nadie mira al reloj. Todos escuchan atentamente, todos quieren saber lo que la Palabra divina les quiere decir a cada uno. Todos se ocupan de corazón de la enseñanza de las Escrituras. ¡Qué movimiento bíblico! Leamos el conmovedor informe en Neh. 8:5-18.

Después no debemos pasar en seguida a los quehaceres diarios, sino preguntarnos seriamente por las consecuencias prácticas y personales:

- ¿Tengo realmente hambre de la Palabra de Dios? ¿Qué me quita este anhelo por “la palabra de verdad”? ¿Qué cambios implicaré en mi vida diaria, para que el gozo del Señor y Su Palabra crezcan en mí?
- ¿De qué manera podemos vencer la fatal flojera y carencia de la enseñanza bíblica en nuestras iglesias y comunidades?

Día 9

Sal. 119:44.45; Dt. 5:29

Las leyes de Dios juegan un rol muy importante en la vida del salmista. Ellas son para él y sus actuaciones señales directivas. Él subraya la seriedad con que quiere cumplir los mandamientos de Dios con palabras diferentes, cada vez de mayor importancia. Él quiere guardar *siempre* las leyes de Dios. La palabra hebrea también se usa para el continuo estar de los siervos, en la cercanía del rey (comp. 1.R. 10:8).

Vemos que para el salmista es un privilegio vivir en la presencia del rey celestial y acatar y cumplir sus mandamientos. Quizás se acuerda de Moisés, quien después de estar cuarenta días en la presencia de Dios, bajaba del monte Sinaí y su rostro “resplandecía” por haber hablado con Dios (Éx. 34:29).

El vivir continuamente en la presencia de Dios transforma nuestro interior. Lo que miro con atención, esto me impresiona de tal forma, se reflejará en mi actitud, en mi pensar y en mi obrar. El salmista sigue diciendo que quiere guardar *siempre*, la ley de Dios, aunque no lo pueda lograr siempre.

Nosotros conocemos al Único, a nuestro Señor Jesucristo, quien era obediente a Su Padre sin excepción alguna. También para Él era un proceso de aprendizaje: He. 5:8; Fil. 2:8. Nosotros podemos orientarnos a través de Su ejemplo. Y si no lo hemos escuchado, no tenemos que desesperarnos y quedarnos en el fracaso. Podemos levantarnos del polvo de nuestro pecado, pedir perdón y seguir adelante. La próxima oportunidad lleva en sí la posibilidad de un nuevo comienzo. Pues, nuestro Señor conoce nuestro deseo de: *siempre* obedecerle y seguirle. Necesitamos paciencia no solamente con los demás, que han

fracasado, sino también con nosotros mismos.

¡Pon tus ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe! Él te lleva a la eternidad paso a paso día a día. Y nosotros le seguimos paso a paso, “*siempre continua, y eternamente*”.

Día 10

Sal. 119:44.45; Pr. 4:2

Después de haber claramente expresado su posición frente a la Palabra de Dios, el salmista comenta los resultados en su vida. “Yo andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos.” Literalmente dice: “Andaré en lugar espacioso, porque he inquerido en tus preceptos.”

Puede ser que alguien se sienta acorralado, encerrado, pensando en el concepto de “mandamientos” y “preceptos”. Da la sensación de duro legalismo. Estos pensamientos forman parte de la aflicción y sufrimiento en muchos seguidores de Jesús.

Pero hay que tener bien en cuenta quien es aquel que en nuestro texto da los mandamientos y preceptos. Es Dios mismo. El Señor que nos ama, nos otorga tantas cosas buenas, nos quita el peso del pecado, nos libera de costumbres pecaminosas, nos da esperanza y futuro. Él es aquel que nos ha regalado el cielo, “que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3b). Leamos atentamente las bendiciones dadas en Ef. 1:3-14.

Si Dios es tan bueno, ¿será posible que sus mandamientos y preceptos tuvieran otro propósito que bendecirnos? ¿Acaso no es así que sentimos gozo cuando obedecemos sus mandatos y órdenes y los cumplimos? Nunca nos sentiremos con mayor libertad que estar profundamente dependiendo de Él. No estaremos realmente felices si no estamos en íntima comunión con Él, obedeciéndole.

Aunque sintamos la burla de los otros, el desprecio y el rechazo, quizás nos pusieren también obstáculos en el camino, continúa la verdad bendita, nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios. Nadie nos puede robar nuestra libertad y el gozo en Cristo. Nuestros sentimientos podrán estar titubeando. Pero el gran amor de Dios para sus hijos perdurará para siempre. (Comp. Ef. 3:16-21.)

Día 11

Sal. 119:46; Hch. 20:22-24

Para el salmista la Palabra de Dios tiene tremenda importancia, significa muchísimo. Por eso no se retira ni deja de proclamarla a los hombres, incluyendo a aquellos que tienen mucha influencia y están en puestos de eminencia. Cada persona es amada por Dios y cada uno lo necesita. Millones de personas desconocen aún su Palabra. Por eso deben ser confrontadas con ella, empezando con el hombre sencillo en la calle hasta llegar a los círculos gubernamentales.

Jesús mismo nos dio esa tarea: Mt. 10:16-20. El Señor no encubre que esto traerá dificultades, incluso sufrimientos por amor a Él. Poco después de la ascensión de Jesús al cielo, a Su Padre, Pedro y Juan tienen que comparecer ante el concilio, la autoridad mayor civil y religiosa. Ellos son amenazados, después incluso golpeados y torturados. Sin embargo de ningún modo se quieren callar, sino bajo cualquier circunstancia quieren anunciar el evangelio salvador del Señor Jesucristo. No lo pueden dejar de hacer. (Hch. 4:20.12; comp. Jer. 20:9; Ro. 1:16; 1.Co. 9:16; Fil. 1:12-14).

Queremos animarnos mutuamente a compartir el evangelio de la gracia de Dios. Tenemos lo mayor, lo más alto, lo más hermoso, lo mejor y no tenemos que escondernos ni tener vergüenza. Con amor en el corazón, buenas ideas en la cabeza y fuerza en las piernas queremos anunciar el evangelio de la gracia de Dios sin temor, tanto en el interior como en el exterior del país. Con nuestras oraciones, cartas de saludos, transmisiones de radio, teléfono, e-mail y por otros medios de comunicación social podemos llegar hasta el fin del mundo.

“A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt.10:32).

¿A quién podrá contar usted hoy algo de lo que Jesús hizo en su vida o compartir algo bíblico, o explicarle el evangelio? Una cosa es clara: lo que sabemos, también debemos *poner por obra*.

Día 12

Sal. 119:16.47.48; Jn. 15:10

A raíz de la crisis económica global, los líderes de los veinte países más poderosos, se encontraron en noviembre del año 2008 en Washington en una “reunión cumbre” para buscar soluciones a la tremenda situación actual. Allí no hubo resoluciones relevantes, ni decisiones significativas.

Hubo otra “reunión cumbre” muy distinta donde sí hubo clara disposición. Ahí se reunieron solo dos personas, pero con gran diferencias en rangos. En aquel entonces, cuando Moisés subió al monte Sinaí, encontrándose con Dios y recibiendo de parte de Él los diez mandamientos. Ellos contienen mucho más que explicaciones, pretensiones o consejos. Ellos son indispensables para la vida. El que los descuida, será aplastado por lo malo.

Pero el salmista ora: “Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé, y meditaré en tus estatutos.” Llama la atención en que postura él lo hace. Anhelante levanta sus manos a los testimonios de Dios, como esperando recibir algo, porque ama al dador y sus dones de todo corazón. Este amor y el gozo no llegan ni esporádicamente ni automáticamente hacia nosotros, sino por el diario encuentro con el Señor. Así lo testimonia el salmista en el verso 97: “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación.”

Cada día debe ser una “reunión cumbre” entre Dios y yo. En la comunión con Él sus mandamientos apreciaré más y más y los amaré. Una y otra vez los consultaré y me aferraré a ellos para tener orientación.

Leamos ahora los diez mandamientos en Éx. 20:2-17. La primera parte se refiere a nuestra relación con Dios (v. 2-11), y la segunda a mi condición respecto al prójimo (v. 12-17). ¿Por qué las dos partes están unidas? ¿Cómo sería nuestra convivencia si honráramos y amáramos a nuestro Redentor que nos liberó de la vieja, pecaminosa y esclavizante vida, sobre todas las demás cosas?